

LA CULPA FUE DE CARMEN

Narrativa breve

Categoría E – mayores de 18 años

La culpa de todo lo ocurrido la tiene Carmen y sus dichosos guisos, que tienen ese aroma tan especial y que consigue cocinando con tradición y una perfecta selección de los ingredientes. Parece que ha nacido para la cocina.

Aunque toda la culpa tampoco es de ella porque don Andrés, el párroco, no se puede escapar sin su parte de pecado involuntario. Me dijo: “Cuida de la iglesia que hago unos recados y vuelvo rápidamente”. No iba a negarme a ayudar a un amigo que solo quería tomarse un carajillo y fumar un cigarro. Poco pude hacer yo, que estaba en la sacristía cuando entró aquel muchacho. Fui a atenderlo con mi mejor sonrisa para socorrer sus cuitas en la medida de lo posible.

-Deme todas las joyas que haya en la iglesia.

Lo dijo así, como si en aquel pequeño templo tuviéramos las joyas de la catedral de Toledo o la joyería Tiffany.

-Y todo el dinero que tenga.

Entonces fue cuando sacó la mano del bolsillo de la cazadora y mostró una pistola que yo no sabría adivinar si era de juguete o de verdad, pero, por si acaso, le atribuí las características de la segunda opción.

-Solo hay lo poco que tengo en la cartera o, si quiere, podemos ver cuánto hay en el cepillo, pero seguro que serán monedas de céntimo y, con suerte, algún euro.

-No he matado nunca a un cura, pero no dude que, o me da todo lo que haya, o me lo cargo.

Para qué le iba a aclarar que yo no era el párroco. Entonces observé su sudor, el temblor de manos, su mirada perdida y comprendí que padecía un síndrome de abstinencia.

No supe cómo hacer que entrara en razón, que cuando el párroco volviera en unos minutos hablaríamos con él para ver la forma de ayudarlo.

Cuando me di cuenta de que dialogar con él era imposible, consideré que lo mejor era darle lo que llevara en la cartera y que se fuera cuanto antes.

Procedí a meterme la mano en el bolsillo para sacar la cartera y eso fue determinante. Consideró la peligrosidad de mi acto y me disparó.

Con ese tembleque que tenía, podía haber fallado, darme en un pie o rozarme la mejilla para dejarme un recuerdo inolvidable, pero no, fue directo al corazón con agujero de entrada y de salida alojándose la bala en un antiquísimo mueble, con irreparables destrozos, mientras que mi cuerpo se quedaba en el suelo sin reacción posible y poniéndolo todo perdido de sangre.

Se fue con unas pocas baratijas porque no había nada mejor que llevarse. No le guardo rencor porque él sabría todo lo que estaba sufriendo por culpa de la droga, pero para irse con las manos vacías ya me podía haber dejado tranquilo, y más cuando al día siguiente era el cumpleaños de Carmen y me había invitado a comer en su casa.

Fue el párroco quien se encontró con todo manga por hombro y yo allí, en la sacristía, sin que el buen hombre pudiera hacer otra cosa por mí que intentar, a través de sus rezos y lágrimas, hacerme llegar al Cielo.

En una habitación dispuso la familia todo lo necesario para hacerme la despedida y allí me dejaron quietecito, con un traje que yo hubiera preferido que fuera la camiseta azul y blanca de la Ponferradina. A partir de entonces todo lo que sucedió fue culpa de Carmen y de esas manos de ángel que tiene para la cocina.

La buena amiga vino a verme y a acompañar a la familia muy temprano y se sentó un rato para ayudarme con sus rezos sinceros y su fe ciega.

Había preparado unas rosquillas que sabía que me encantaban, sobre todo después de comer

un buen guiso, con ese toquecito de ron y el glasé blanco de azúcar. No sé cómo no me levanté para comerme una.

Miró el reloj. Dijo que tenía invitados en casa y que se tenía que marchar para preparar el guiso y que era una lástima que, siendo yo el comensal que más alababa su cocina, no pudiera por tan desgraciado accidente acudir a la cita, pero que donde quiera que estuviese me echarían de menos y brindarían por mí.

Se fue y allí que me quedé yo que, sin comerlo ni beberlo, había estado en el momento justo en el lugar que no debía.

Carmen había aprendido de su madre y esta de su abuela y quién sabe de quién lo aprendió esta. Con tan destacadas maestras, ella hacía las mejores comidas del pueblo y me atrevería a decir que de la región y yo, buen comedor y criado en la zona, sabía apreciar esos manjares a los que nunca me podía resistir.

Su costumbre era hacer un potaje especial siempre para su cumpleaños.

Carmen seleccionaba cada ingrediente y los añadía en su justa medida y los combinaba con sabia precisión.

Como el día, a pesar del frío de la mañana, invitaba a abrir la ventana para que entrara el sol a raudales, no perdió tiempo en hacerlo y, asomándose, respiró profundo el aire del pueblo, aire puro, sin la polución de las ciudades.

El sol no solo invitaba a Carmen a abrir la ventana, sino que, quizá también por la afluencia de gente, en la habitación donde se hacía el velatorio también decidieron abrirlas.

Carmen llenó de agua la olla e introdujo los productos y puso todo a fuego lento.

Éramos vecinos y disponía de tiempo, aprovechó para volver al funeral a hablar con los familiares y, acercándose, en un susurro, me dijo que estaba preparando un guiso para chuparse los dedos, mientras que el aroma de la cocción llenaba la habitación donde me encontraba.

Le había sugerido a Carmen que debía haberse dedicado profesionalmente a la cocina ya que siempre la he considerado una maestra tanto en su ejecución tradicional como cuando hacía

hojaldradas, delicias, buñuelos o buscaba una combinación más vanguardista para crear nuevos sabores desde los gazpachos, verduras o cualquier cosa que se le ocurriera y, como éramos amigos desde niños, nunca se olvidaba de compartirlos conmigo.

Carmen comprobó que había llegado el momento de añadir los ingredientes finales y se entretuvo en algunas tareas para, sin necesidad de mirar el reloj, en el momento preciso, darle un toque magistral.

Con esas manos de ángel para la cocina, hizo esa comida cuyo aroma, que iba impregnando el vecindario de tradición y de las comidas bien hechas, fue invadiendo la habitación donde me encontraba de cuerpo presente.

Yo había oído muchas veces el comentario de que esto o aquello es capaz de resucitar a un muerto y eso se podría decir del olor del guiso, porque abrí los ojos y me puse en pie.

El caso es que no fue exactamente como había oído en diferentes ocasiones, porque yo me veía por un lado de pie y por otro allí tumbado y, además, la gente ni tan siquiera se había dado cuenta del fantástico suceso.

Dejé la casa y me apresuré a ir a la de Carmen, donde estaba invitado, antes de que acabaran con las viandas sin que yo hubiera llegado.

Tomé asiento pero, para mi decepción, no pude comer. No podía coger los cubiertos ni participar en la conversación que algunas veces me tuvo como protagonista. Tuve que conformarme con oler y comerme con la mirada el guiso, de tal manera que me parecía degustarlo y, sin hablar, participar en la charla alentada por la estupenda comida.

El caso fue que Carmen se marchó al sepelio sin decir nada, mientras los demás se quedaban a la mesa y yo con ellos.

Lo sé, llegué tarde a mi propio entierro y me gané una reprimenda de quienes me esperaban para comenzar el viaje, pero entendieron que hay cosas por las que vale la pena que la eternidad espere un poco.